

CUENTO DEL REY RECTO

1º

Había una vez un rey que era muy sabio y bondadoso. Tanto sabía que lo llamaban el “rey sabio”. Vivía en un hermoso Castillo rodeado de caminos rectos y llenos de flores de colores.

Al rey sabio y correcto como era, le gustaba pasear todas las tardes por los caminos rectos con su bastón recto.

En su reino el pueblo vivía feliz. Todo el mundo lo respetaba y quería. Enseñaba a la gente a cuidar la tierra: cómo plantar, sembrar y recolectar los frutos para alimentarse, cómo cuidar a gente que sufría, cómo cuidar y educar a los niños para que ellos se tornasen personas buenas rectas y justas. Cuando había peleas o maldades él sabía cómo resolverlas y devolver la paz a su pueblo. De noche paseaba por los jardines y su estrella favorita dejaba caer un hermoso y recto rayo de luz sobre la cabeza del Rey.

La reina Ana se quedaba en su cuarto muy triste porque deseaba tener un niño, y no lo conseguía y miraba la estrella favorita del rey y le pedía ese deseo.

Muy cerca del Reino del Rey recto había un oscuro bosque donde los caminos no eran rectos. Quien entraba allí se podía perder con facilidad porque estaba lleno de desvíos, altas piedras y rocas contorneadas que entorpecían el camino, y atajos que no llegaban a ningún lado.

Se decía que allí había un gran tesoro escondido, pero todos los que se habían atrevido a ir en su búsqueda habían desaparecido.

Muchas curvas y desvíos tenían estos caminos de un lado a otro y uno nunca podía ver dónde terminaban.

Por fin les nació un precioso niño que fue creciendo fuerte y sano, pero sus padres notaron que algo no andaba bien con el príncipe. Cuando jugaba o hacía actividades y dibujos se enojaba se ponía muy triste.

Los Reyes consultaron a todos los médicos del reino y nadie podía decirles que le ocurría hasta que una sabia anciana amiga que vivía en el bosque oscuro y frondoso les dijo.

–“Yo sé que le ocurre al príncipe: ¡Ha perdido su Confianza!”

El rey meditó esta respuesta. El problema del príncipe era serio. El rey paseaba preocupado por las noches por los jardines tratando de buscar una solución. Hasta que un viento susurrando entre las hojas de los árboles le dejó un mensaje:

-“¡Encontrarás la Confianza del príncipe en la gruta de los siete sonidos bien de madrugada con los primeros Rayos de sol iluminando el día”

El rey entonces le escribió una carta a la reina Ana diciéndole que no se preocupara que él volvería pronto, que una fuerza interior lo llamaba a ir en busca de la *Confianza* del pequeño príncipe.

Se preparó y partió en búsqueda de *la Gruta de los Siete Sonidos!*

Sin miedo atravesó el portal del castillo y el gran deseo de encontrar la *Confianza* de su hijo fue como una luz en su corazón que le indicó el camino correcto en todo momento. Por calzadas directas llegó a un poblado pequeño pero, no se detuvo allí; siguió por el camino recto hasta otro poblado, y a otro, y a otro, hasta que llegó a la orilla de un lago calmo.

El rey, cansado de tanto viajar y de no llegar a encontrar la Gruta de los Siete Sonidos, se sentó a la orilla del lago, y tomando una piedrita bien redonda la arrojó al agua. El lago estaba tan calmado que la piedra comenzó a hacer ondas circulares tomó otra redonda aún y la volvió a arrojar.

Después de descansar, el rey retomó la marcha pensando en su príncipe. Pensó dónde se podía esconder esa Gruta; debía de ser en un lugar donde nadie quisiera entrar; en el bosque más oscuro e impenetrable, y hasta allí se dirigió.

Su caballo no se animó a entrar, así que al rey siguió a pie. Trató de avanzar entre matorrales espinosos hasta que llegó a la ladera rocosa de una montaña. Comenzó a llover muy fuerte y el viento se puso a soplar, haciendo que la lluvia cayera de costado. Llovió tan fuerte, que no se veía nada. El rey comenzó a trepar por las piedras y así llegó hasta la entrada de una cueva.

En la Gruta de los Siete Sonidos, de pronto dejó de llover y ya no se escuchaba ningún sonido, ni de pájaros ni del viento. Todo se había quedado en silencio.

La Gruta estaba custodiada por un dragón que, cuando vio entrar al rey le comenzó a gritar con tono enojado:

-“¿Quién eres? ¿ Qué buscas aquí?”

-“¿Eres tú quien esconde la Confianza de mi hijo el príncipe?”

El dragón soltó tal terrible carcajada que su sonido sacudió la montaña. El rey, aturdido, se quedó parado sin poder moverse; con mucho esfuerzo exclamó:

-“¡Yo quiero hallar la Confianza de mi hijo el príncipe”.

Otra carcajada del dragón resonó en la montaña haciendo que una enorme piedra se moviera y rompiera en pedazos. Pero el rey se mantuvo firme sintiendo una gran fuerza interior que brotaba de su corazón y que resistía al miedo. Y otra vez más el rey dijo con voz firme:

-“Yo quiero hallar la Confianza de mi hijo el príncipe”.

La tercera carcajada del dragón hizo partir una roca mayor, y el estruendo fue tal, que parecían miles de truenos enfurecidos rodando de aquí para allá. De tanto ruido, el rey se desmayó y soñó que estaba en las estrellas, y su hijo dibujaba esas mismas estrellas para él, agradeciéndole que fuera en busca de su Confianza.

Cuando el rey volvió en sí escuchó el canto de los pájaros nuevamente y vio que dentro de la Gruta había un Arpa de muchas cuerdas doradas, diez en total, pero siete eran mágicas.

Tocó, tocó y tocó hasta que pudo reconocer las siete cuerdas mágicas y una de ellas guardaba la Confianza de su hijo el príncipe.

Pronto tomó la cuerda y, dando saltos de alegría, bajó de la Gruta y corrió dando volteretas de felicidad.

Buscó su caballo y galopó de regreso rumbo al castillo.

El príncipe, al ver llegar al rey, salió al encuentro de su padre y, abrazándolo, le dijo:

-“Padre, te doy las gracias por haberme traído de vuelta la Confianza, pero padre, estás lastimado y todo polvoriento. Ven, ahora te cuidaré. Necesitas descansar”.

La reina Ana estaba muy feliz. Ya pudo observar al príncipe confiado en que sí algo no le salía, respiraba y sabía que para crecer debía de ser paciente e intentarlo muchas veces hasta lograrlo.

Esa gran alegría motivó que se celebrara un gran baile en el Palacio.

Y colorín colorado esta historia ha terminado...

Aportación de Leila Paz M.